

za, por exacta o verídica que sea no basta para darle un marchamo de legitimidad. Si fuera esto lo que persigue como objetivo final, ahí está la fotografía más fiel todavía en la reproducción de los motivos paisistas.

El artista para merecer este alto nombre debe aspirar a dar de la naturaleza una impresión personal, en primer término, y, luego, llegar a la síntesis de una decantación ejercida por su espíritu. Para mí el arte es la visión del mundo a través de un temperamento. Se equivocan quienes creen hallar en la pasión objetiva de un Velázquez un sometimiento tiránico a la forma. En realidad el pintor español solía dejar en la tela más expresión de su espíritu, más elementos puramente personales, que la realidad circundante. Tan cierto es esto que se puede afirmar la inexistencia de un arte absoluta y totalmente objetivo.

Carballo parece desconocer esta cualidad espiritual que debe caracterizar a las artes figurativas y por ello se entrega a la pintura con un deseo fervoroso de estampar la realidad, esfumándose él.

A mi entender los cuadros expuestos no muestran todavía ninguna virtud pictórica. El pintor debe perseguir con mayor fuerza la eclosión de un arte que contenga mayores elementos preceptivos, si se me permite la expresión. Todas estas telas aparecen pobres y acusan en su autor entusiasmo y vocación, pero también falta de preparación. Con un bagaje tan escueto no se justifica de ninguna manera su presencia en un salón de exposiciones.

Exposición Lattanzzi

Tras la mediocre muestra artística dada por el pintor Carballo han aparecido en esta misma sala los señores Lattanzzi (padre e hijo).

Es curioso el contraste que forma esta pareja artística. El más joven de los dos expositores sigue impertérrito su conse-

cuencia temática frente a unos motivos caseros y domésticos que quitan toda grandeza, toda gracia y toda espontaneidad a sus obras. Aquí podíamos repetir lo dicho al señor Carballo. En estas estampas de corral el pintor se esfuerza en decirnos toda la verdad, sin ningún sacrificio, con una visión de miope a quien escapa la atmósfera y la sensación de vida que no está como él debe creer en pintar todas las plumas de una gallina, sino en algo impalpable y más elevado. Con un colorido sucio y carente del más elemental sentido pictórico, el señor Lattanzzi se afana en la pintura de sus cromos. Y lo más extraño es que éstos obtienen un indudable éxito comercial.

Se ha dicho por alguien—sin que sepamos exactamente por qué—que esta pintura entronca con los flamencos. Es verdad que éstos sentían cierta atracción por los temas domésticos y que eran pintores intimistas en su mayoría. Sin embargo, no conviene confundir el tema con la plástica en sí. Guys y Veermer, Rembrandt y Potter pintan escenas de una humilde adoración en la temática habitual y coetánea, pero lo hacen con un dominio pictórico de magistral madurez.

¡Por poco más los admiradores de este pintor pedirían su inclusión en un apéndice del libro de Fromentin, *Les maîtres d'autre fois!*

El señor Lattanzzi (padre) es más artista y su cuerda se muestra de mayor extensión, a tal punto que a veces la inquietud por cambiar de temas le perjudica.

Paisajes, retratos, naturalezas muertas y flores, atraen la musa pictórica del señor Lattanzzi y su fortuna es varia. En primer lugar, me parece más dibujante que colorista. Sus cuadros están bien contruidos, especialmente los temas de retrato. En el color muéstrase, por el contrario, menos acertado. Suele incurrir en errores que un estudiante de los primeros años evitaría. Sus sienas, sus lilas y sus violetas son altisonantes y están mal armonizados. Cuando el señor Lattanzzi se entrega al color con cierto apasionamiento que creemos meridional, suele

falsearlo. Suele falsearlo tan absolutamente que a veces llega a dar unas gamas inexistentes en Chile. Por ejemplo, esto se hace patente en un retrato de varias figuras que nos recuerda lo peor de la escuela española.

Un libro sobre Goya

La editorial «El Ateneo», de Buenos Aires, acaba de lanzar una edición sobre el pintor español Francisco de Goya, que podemos calificar de monumental por la presentación, por la abundancia de las láminas en colores y por la riqueza de los materiales empleados.

No podemos decir otro tanto del texto que acompaña a esta joya bibliográfica. El señor Leonardo Estarico, a quien el mismo se debe, se enfrenta a la figura del gran artista español con el espíritu ligero y la pluma suelta. Su estudio está plagado de todos los lugares comunes que a lo largo de los años se han ido tejiendo sobre la vida y la obra de Goya. No hay aquí ningún punto de vista original, faltando, incluso, la simplicidad divulgadora, única cosa que podría haber justificado la calidad primaria del texto.

Se trata, por lo tanto, de un libro más, que no añade nada nuevo a lo que sobre Francisco de Goya se conoce.

Como ejemplo de esta ligereza poco intelectual que el autor demuestra en su estudio tenemos el capítulo sobre *La maja desnuda*. En la duda sobre la identidad de la modelo, dice el señor Estarico: «¡Señores don Pedro de Madrazo, Conde la Viñaza, Beruete y Moret, y todos los que habéis acumulado ratiocinios que tanto prueban, si en lugar de apoyaros en testimonios de erudición, hubiérais dejado hablar el corazón, otras hubieran sido vuestras conclusiones!».

Así, con esta larga torera, que hubiera envidiado al mismísimo gusto taurómico de Goya, el escritor pone un final pintoresco a la eterna cuestión de si la modelo de las Majas fué o no la Duquesa de Alba.